

# ACACIA

REVISTA MASÓNICA

No. 11 ===== SETIEMBRE ===== 1920

## SUMARIO

El Derecho del Niño	Julio María Sosa
El Huevo Sagrado	F. de P. Rodríguez
El Mito de Caín y Abel	R. Fernández Güeli
De Fuente Serena	J. Wolfgang Goethe
Grandes Dignatarios de la Gran Logia de Costa Rica—1899-1920	
Legislación Masónica	G. L. Kansas
Vida de Sócrates—Elogio de Sócrates	Platón
Enseñanza Religiosa	María de Maetzu
Para hacer reflexionar	
Notas	

SAN JOSÉ :: ::  
:: :: COSTA RICA

IMPRESA Y LITOGRAFÍA  
MINERVA :: :: ::

## El Mito de Caín y Abel

En el Génesis la acción se desarrolla metódicamente, revelando en el autor un plan sabiamente trazado. Así el capítulo primero describe la formación del Universo, y el segundo y tercero, representan alegóricamente el descendimiento del espíritu a la materia y la introducción de la muerte en el mundo. El capítulo cuarto, por medio de un mito ingenioso, representa la aparición de la guerra en las sociedades primitivas.

Caín y Abel son la representación de dos tribus o pueblos originarios de un mismo tronco.

Imposible interpretar de otro modo el texto bíblico, a menos de admitir el incesto más repugnante, desposando a Caín con su propia madre, pues en el versículo 17 del capítulo IV, se dice: "Y conoció Caín a su mujer, la cual concibió y parió a Henoah y edificó una ciudad". ¿A qué mujer conoció Caín, si no había otra en el mundo que su madre Eva, y para albergar a qué pueblo y con qué operarios edificó una ciudad, si toda su familia se reducía a esa mujer enigmática y a su hijo Henoah?

Caín personifica, pues, a un pueblo industrial, trabajador y fuerte, que por su espíritu guerre-

ro se convirtió pronto en azote de sus hermanos, representados por el suave y delicado Abel. Estos pueblos pastoriles vivían en estrecha comunión con el Señor, que miraba sus ofrendas y consumía sus holocaustos; mas las tribus belicosas de Caín eran objeto de la saña divina, por lo que "decayó su semblante", y considerándose agraviadas, movieron guerra contra los pacíficos moradores del lugar, y el horrendo fratricidio se consumó. Por primera vez sorbió la tierra la sangre del hombre, vertida por mano de su semejante, y para perpetuar este hecho infando, el escritor sagrado lo representa con sus más sombríos colores. El hombre es hermano del hombre, y por lo tanto, la guerra es un crimen, un asesinato en masa, un fratricidio que Dios no puede perdonar. Por eso Caín, cuando se mira las manos teñidas en la sangre de Abel, se da cuenta de la enormidad de su culpa, y exclama con horror: "Mi indignidad es muy grande para merecer el perdón".

Dios, que más tarde debía escribir en el Sinaí, con su dedo luminoso y terrible, en las tablas de la ley este mandamiento: "No matarás", siente, sin embargo piedad por el matador y cuando éste desesperado le dice: "He aquí que me arrojas hoy de tu presencia, y me condenas a andar vagabundo y fugitivo en la tierra, por lo que todo el mundo que me hallare, me matará", le contesta. No será así, antes bien, todo el que matare a Caín, siete veces será castigado".

Por medio de esta magnífica sentencia, Dios

proscribe la pena de muerte, y anuncia a la humanidad que el que matare al criminal, aun en nombre de la ley, será siete veces castigado. Más adelante, para reafirmar de una manera solemne el principio de la inviolabilidad de la vida humana, Dios manifiesta que el que matare al malvado Lamech, convicto de un doble asesinato, será castigado, no sólo siete veces, sino setenta veces siete.

La tribu de Caín, a causa de la guerra que concluyó con la destrucción de la tribu de Abel, fué arrojada del país por los primitivos pobladores o adamitas, y anduvo fugitiva por el lado oriental de la Mesopotamia, donde fundó la ciudad de Henoch.

Que se trata de un pueblo y no de un individuo, se ve por este versículo: "Y puso el señor a Caín una señal, para que no lo matase todo el que lo hallara".

En el mundo, aparte de Caín, no existían más que Adam y Eva. ¿Quién iba, pues, a matar a Caín?

Henoch engendró a Irad, Irad engendró a Maviael, y Maviael engendró a Mathusael, y Mathusael engendró a Lamech. Es decir, la tribu primitiva de Caín se subdividió en varias tribus, cada una de las cuales tomó el nombre de su fundador.

Del tronco de Caín salieron Jabel, que fue padre de los que habitaban en tiendas y de los pastores; Jubal, padre de los tañedores de cítaras y de órgano, y Tubalcaín, que fue artífice en trabajar toda obra de cobre y de hierro.

Y Adam conoció a su mujer y ésta le parió un hijo, a quien llamó Enós. "Este—dice la Biblia—comenzó a invocar el nombre del Señor".

Bien claro se ve por este versículo que ni los adamitas ni sus descendientes hasta Enós, habían invocado el nombre del Señor. El Génesis, marca, pues, los grados de evolución de la humanidad, desde los primitivos habitantes de las cavernas, que se abrigaban con pieles de tigre y de leopardo y no tenían noción de la Divinidad, hasta el pueblos de Enós, que posiblemente vivía ya en ciudades, forjaba el hierro, tañía la cítara y tejía la lana, y comenzó a invocar el nombre del Señor de todas las cosas.

Esta evolución, de acuerdo con la ciencia, puede verse admirablemente representada en los Vedas. Los primitivos Arios no conocían a Dios, y vivían como las fieras en los bosques, guareciéndose en las cuevas y en los huecos de los árboles. El horrísono estallido de los rayos, el cárdeno fulgor de los relámpagos, los rugidos de los vientos desencadenados, el estruendo de las aguas despeñadas, todos estos fenómenos naturales, sembraron el pavor en su ánimo, y creyeron que espíritus poderosos movían las borrascas. Así los hombres primitivos adoraban a las fuerzas de la naturaleza y llamaron Agni al fuego, Meruts a los vientos, Ushas a la aurora, etc. Los primeros cantos védicos están dirigidos a estas divinidades; mas luego el hombre sintió dentro de sí mismo una potencia misteriosa y sublime, que regía sus movimientos e informaba sus actos;

potencia que era como un soplo y que le hablaba en las noches, cuando el sueño huía de sus párpados, el lenguaje de los cielos. El hombre primitivo llamó *atma* a esta potencia sublime, y luego supuso que, pues una alma regía su cuerpo, una alma todopoderosa debía regir también el Universo, y por vez primera brotó de sus labios el nombre augusto de *Parabrahm*, el Grande Espíritu, le edificó altares, y lo invocó en sus luchas y en sus desfallecimientos (1).

Momento tan solemne de la vida de la humanidad lo representa la Biblia con las sencillas palabras: "Este (Enós) comenzó a invocar el nombre del Señor".

El laconismo del Génesis es admirable. En una frase se encierran conceptos profundos que un buen escritor no desarrollaría en toda una página. Así se ven frases de concisión insuperable, como ésta: "Dijo Dios: "Sea la luz, y la luz fue". De este modo, en la breve frase arriba transcrita, el escritor sagrado expresó toda la evolución del sentimiento religioso, desde el alborear de la razón hasta que el hombre invocó por vez primera el nombre de su Creador.

*Rogelio Fernández Güell*

---

(1) Max. Muller.—Historia de las religiones.